

El odre vacío.

Fragmentación e integración de la problemática edípica

Juan Gennaro

*“J’ai passé ma vie à prétendre devenir
quelqu’un pour me rendre finalement
compte que j’en étais plusieurs”
Raymond Dévos¹*

La introducción de la problemática edípica aparece relativamente tarde en la obra de Freud. En su artículo “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre”, en 1910, menciona por primera vez el “complejo de Edipo”; lo hace para explicar la predilección de ciertos hombres por mujeres con determinadas características, como la de no estar libres o bien de tener una vida disipada. Sin embargo, trece años antes, Freud describe en una carta a su amigo y confidente Fliess, en octubre de 1897 y en relación con su trabajoso autoanálisis, los elementos esenciales del complejo, otorgándole al mismo tiempo, un carácter universal.² Dice así: “He tenido un único pensamiento de valor universal. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre y ahora lo considero un fenómeno universal de la niñez temprana. (...) Si esto es así se comprende el poder cautivante de Edipo Rey a despecho de todas las objeciones

¹ Pasé toda mi vida pretendiendo ser alguien para darme cuenta finalmente que yo era múltiple (juego de palabras alrededor de un: uno y plusieurs: muchos).

³ Esta carta es enviada un mes después de aquella, célebre, en la que Freud renuncia a su *Neurótica* y comienza a poner de relieve la importancia de las fantasías inconscientes, quedando en un segundo plano (aunque nunca descartado totalmente) el trauma real. Este último cobrará mayor importancia en los desarrollos teóricos más recientes para dar cuenta de la compleja panoplia de patologías que implican carencias del objeto primario. Como lo dice el mismo Freud en su epístola, se trata tal vez de un momento fecundo de su “ciclo femenino”.

que el entendimiento eleva contra la predicción del hado y se comprende por qué el posterior drama de destino debía fracasar tan miserablemente. (...) Cada uno de los espectadores fue alguna vez en germen y en la fantasía también un Edipo, y en la realización del sueño, traído aquí a la realidad, retrocede espantado, con toda la fuerza de la represión, que separa su estado infantil de su estado actual” (Freud, S., 1985, oñag, 291).

El llamado “complejo nuclear”, que incluye las formas positiva e invertida, fue adquiriendo a lo largo de la obra de Freud creciente importancia constituyendo el elemento central del desarrollo libidinal del sujeto, de la elección definitiva del objeto sexual y, en general, de la organización de su vida psíquica; y en particular con el advenimiento del Superyo a través de las vicisitudes de la disolución del complejo. Las alternativas de su desarrollo y sobre todo de su resolución permitieron explicar las características fundamentales del funcionamiento mental tanto en su expresión normal como patológica. A pesar de ello, las manifestaciones edípicas quedaron circunscritas, en esta etapa del desarrollo teórico, a una fase precisa del desarrollo libidinal, la fase fálica; y su evolución en el desarrollo sexual fue considerada diferente para el hombre y la mujer, en función de la posición respectiva particular que cada sexo ocupa respecto a la angustia de castración.

En los desarrollos posteriores de la teoría se operó una importante extensión del concepto, sobre todo en la medida en que la práctica clínica del psicoanálisis comenzó a interesarse en nuevos campos, en particular, en los niños y en las psicosis. La necesidad de explicar lo observado en la clínica de niños, condujo a M. Klein a postular la existencia de manifestaciones edípicas ya en las primeras etapas del desarrollo, con las características de las mismas, es decir, en función de las mociones propias de la oralidad y la analidad. Era lícito hablar a partir de allí, ya no en términos de períodos edípicos y pre edípicos sino en términos de manifestaciones genitales y pregenitales. Nos dice en su artículo de 1945, “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas”: “En mi opinión, el desarrollo sexual y afectivo del niño y de la niña, comprenden *desde la más tierna infancia*, sensaciones y tendencias genitales que constituyen las primeras etapas del complejo de Edipo tanto positivo como invertido; éstas son vividas bajo la supremacía de la libido oral y se mezclan con deseos y fantasmas uretrales y anales. Las fases libidinales se entremezclan en parte desde los primeros meses de la vida. Las tendencias edípicas positivas e

invertidas, desde su aparición, actúan estrechamente las unas sobre las otras” (Klein, M., 1921-1945, pág. 421). Si bien para M. Klein, la resolución del Edipo es diferente para los varones y las niñas, estas diferencias son mucho menos marcadas y están dominadas no solamente por la angustia de castración sino además y de manera predominante por los sentimientos de culpabilidad y ambivalencia.

Otros autores como Joyce McDougall por ejemplo, insisten sobre la naturaleza bisexual de la sexualidad infantil, problematizando las diferencias entre varones y niñas que viven mociones pulsionales y/o fantasmas ligados a la organización edípica infantil de manera sucesiva y simultáneamente contradictorias tanto en su desarrollo como en su resolución.

Joyce McDougall postula la existencia de cuatro versiones de la escena primitiva correlativas a las cuatro posiciones de la fantasmática edípica infantil frente a cada uno de los padres y en función de los deseos y fantasmas emergentes de las partes masculina y femenina de la organización bisexual primitiva. “El niño se identifica normalmente con los dos padres y quiere obtener de cada uno los privilegios y los poderes mágicos que supone que ellos tienen. Dichos atributos son generalmente simbolizados por los órganos sexuales respectivos. En la medida en que aceptamos nuestras partes masculina y femenina, todos tenemos el potencial de crear, sublimar, por decirlo de alguna manera, nuestro deseo imposible de pertenecer a los dos sexos y tener hijos de nuestros dos padres” McDougall, 1996, pág. 15).

Para esta autora la resolución de la conflictiva edípica está ligada a la elaboración de la herida narcisística provocada por la constatación de la pertenencia a uno solo de los dos sexos y a la consecuente y necesaria renuncia a la realización de los deseos bisexuales infantiles. “Todos los niños deben aceptar la idea que no pertenecerán jamás a los dos sexos y que no serán más que la mitad de la constelación sexual. Esta ofensa imperdonable a la megalomanía infantil se complica en razón de la necesidad de resolución de la crisis edípica en sus dimensiones tanto homosexuales como heterosexuales y de aceptar que uno no poseerá ni el padre ni la madre” (Idem, pág. 15)..

W. R. Bion, a su vez, plantea la desorganización y fragmentación de las manifestaciones edípicas en pacientes que sufren perturbaciones graves: “El conflicto entre el punto de vista del paciente y el del analista, y en el interior mismo del paciente, no es, como en la

neurosis, un conflicto entre dos conjuntos de ideas o entre dos conjuntos de pulsiones, sino un conflicto entre C y menos C (es decir en términos de lo que permite aumentar o impedir el conocimiento o, como diríamos hoy, de mentalización)³ o de manera más ilustrativa, un conflicto entre Edipo y Tiresias y no entre Edipo y Layo” (Bion, W., 1979, pág. 53), como veremos más adelante la fragmentación edípica en el interior mismo del paciente afecta, según este autor, su capacidad misma a pensar su relación con los padres. “Yo postulo una versión elemento-a del mito de Edipo privado que es el medio—la preconcepción—gracias a la cual el niño pequeño puede establecer un contacto con los padres tal como existen en el mundo real. La unión de esta preconcepción edípica elemento-a con la realización de los padres actuales da nacimiento a una concepción de los padres. Cuando el niño pequeño como consecuencia de la envidia, la avidez o el sadismo o cualquier otra causa es incapaz de tolerar la relación parental y la ataca violentamente, la personalidad que ataca, según M. Klein, se encuentra ella misma fragmentada como consecuencia de la violencia de los ataques por clivaje. Reformulemos esta teoría en los términos de la preconcepción edípica; la carga emocional vehiculizada por la preconcepción edípica privada elemento-a es tal que la preconcepción edípica se encuentra ella misma destruida. En consecuencia, el pequeño niño está desposeído del aparato necesario a la adquisición de una concepción de la relación parental y, entonces, a la solución de la problemática edípica” (Idem, pág. 91-92).

El interés creciente que ha despertado en los últimos tiempos, tanto en los desarrollos teóricos como en la nosografía, la cuestión o cuestiones relacionadas con lo que podríamos denominar la patología de las fronteras o de los límites, ha producido un importante correlato de replanteos en puntos nada periféricos de la teoría y de la técnica. Los aspectos carenciales de la conformación narcisística yoica, los defectos en los procesos de subjetivación o el *aplastamiento* del espacio psíquico característico de estas patologías han motivado la reflexión sobre la importancia del objeto primario y sus carencias en el desarrollo del sujeto. Esto tiene, naturalmente, repercusiones en la manera de pensar y abordar teórica y clínicamente la problemática edípica y hasta en la manera de analizar el mito mismo. Así Raymond Cahn en su interesante libro *La fin du divan?* (pág. 55) reflexiona sobre este particular cambiando el ángulo de observación

³ El comentario entre paréntesis es mío.

en la estructura de la obra de Sófocles: “Hubiera sido tentador, pareciera (en la lectura de Freud)⁴ incluir en el drama de Edipo su primer tiempo, es decir la tentativa filicida de un padre amenazado por la sola llegada de un hijo y el abandono simultáneo de este último por su madre. Hubiera sido, sin embargo, una variable que el punto de vista clínico no parecía imponer todavía. (...) No se trata en el Edipo de Sófocles leído por Freud, una vez sus ojos arrancados, que de su intolerable culpabilidad frente a su doble crimen sin que en ningún momento sea tomado en cuenta el acto filicida de Layo y de Yocasta”. El autor subraya al mismo tiempo la importancia del papel que, en el desarrollo del sujeto Edipo, “hombre pleno de fuerza y creatividad”, adquiere la presencia y el amor pleno de solicitud de los padres substitutivos Polibio y su esposa Merope, “aún si aquel se vio empujado hacia su pérdida por oscuras pulsiones” que ponen en relieve la dimensión de ambivalencia de los objetos primarios.

Este punto de vista que adquiere una creciente importancia tiene por supuesto implicaciones técnicas en la medida en que el lugar del analista se ve desplazado, al menos por momentos, de su papel de “agente revelador” de aquello que en la dinámica de las sesiones se encuentra encubierto y es resistido, a la de proveedor de la substancia psíquica necesaria a la constitución del entramado psíquico, allí donde la devastación traumática o la desertificación por carencia impiden la subjetivación en la dimensión de lo irrepresentable, “lo esencial de la puesta en palabras, del dar sentido, recae en el analista, polo único o determinante de una capacidad de ligadura o de metaforización insuficiente o ausente en el paciente” (Idem, pág. 65). El precipitado contratransferencial toma aquí una particular significación, no sólo como referente interno, en el analista, de lo inducido en el espacio transferencial sino también como verdadera cantera desde donde la puesta en palabras y los contenidos representacionales pueden ser extraídos en un verdadero aporte de la substancia psíquica ausente o insuficiente. La *via di levare* deja lugar aquí a la *via di porre*.

Todos sabemos que a lo largo de un análisis con un paciente de funcionamiento predominantemente neurótico, se atraviesan momentos profundamente regresivos en los que es posible contactar regiones arcaicas, vivencias de desorganización, sentimientos de “terror sin fondo”, que convocan nuestras propias vivencias y nú-

⁴ Los paréntesis son míos.

cleos primitivos en la contratransferencia. Estos momentos de verdadera psicotización en la relación transferencial dan acceso a regiones del entramado psíquico en los que el trabajo analítico se declina sobre todo en términos de reconstrucción, mucho más que en el develamiento de los contenidos inconscientes reprimidos. En ocasiones esto puede surgir en el curso de una sesión en relación a un material particularmente regresivo.

Estos “momentos” en el transcurso de un análisis corresponden a las descripciones de F. Tustin, que nos habla de verdaderas zonas autísticas que se encuentran como enquistadas y aisladas del tejido asociativo. Dichas regiones inconscientes se vinculan con aspectos desgajados de toda posibilidad de representación y de acceso a la palabra. Operan como verdaderos “agujeros negros” excluyendo toda posibilidad de subjetivación. Nos dice Tustin: “En dichos pacientes, el desarrollo afectivo y cognitivo parece haber continuado esquivando una zona ‘ciega’ de desarrollo bloqueado, que se ha transformado en una cápsula de autismo en las profundidades de su personalidad. En esta cápsula, como en la ‘puesta en cápsula’ global de los niños autistas, se encuentran todas las potencialidades para el desarrollo del yo, pero una autorepresentación segura y auténtica no pudo nunca producirse de manera satisfactoria. Estos pacientes neuróticos pueden frecuentemente ‘poner en palabras’ estos estados primitivos no verbales donde el desarrollo del sentido del yo ha sido masivamente bloqueado o alterado. Por supuesto, esta verbalización cambia un poco la naturaleza de las experiencias no verbales. Pero los pacientes están muy motivados para tratar de encontrar las palabras que expresen esos estados no verbales de la manera más evocadora y precisa posible, y lo que nos dicen (y lo que los poetas nos dicen) es tal vez la descripción de dichas experiencias más fidedigna que podamos obtener” (1986, pág. 156).

En mi opinión, es en relación con dichas zonas desvinculadas de toda posibilidad de subjetivación que las representaciones edípicas y las relacionadas con la escena primitiva se encuentran despedazadas y cargadas de contenidos angustiosos y amenazantes.

La situación clínica que relato a continuación me parece corresponder a uno de esos momentos que en el vértice mismo de una cierta desorganización, constituyen al mismo tiempo momentos fecundos y verdaderos giros decisivos en el curso del análisis.

Marco tenía cuarenta y tres años cuando vino a mi consulta. Dijo en esa ocasión que se sentía inquieto y por momentos angustiado por

su comportamiento agresivo y rígido que provocaba reproches y tensiones en su familia. Se trataba de un hombre apuesto, de contacto agradable y mostrando una buena disposición para iniciar un trabajo analítico. Era amable sin obsecuencia y su actitud transmitía sinceridad a su relato. Al mismo tiempo, yo podía sentir algo desvalido en él, como un niño herido y mortificado. Ocupaba un puesto de responsabilidad en un establecimiento para jóvenes con dificultades, le gustaba su trabajo y se sentía exitoso en él. Tenía un hermano menor con el que mantenía relaciones cordiales. Su infancia transcurrió en la casa de sus abuelos maternos que tenía un bar en la planta baja y en el que todos los adultos trabajaban. Esta etapa se desarrolló en medio de un clima tenso, inestable, con frecuentes disputas entre sus padres y sus abuelos. Describía a su madre como un ser imprevisible, violento, que descalificaba permanentemente a su padre. Este último aparecía, en los primeros tiempos del análisis, como totalmente ausente y desdibujado, como totalmente inexistente, tomando poco a poco, en la medida en que emergían los recuerdos del paciente, mayor relieve y significación. Pudo conectarse de esta manera, a lo largo del análisis, con el sufrimiento de su padre y con sus propios sentimientos dolorosos de pérdida y abandono. Los padres de Marco se separan de manera violenta cuando él tenía diez años y después de algunos meses, su madre decide partir para vivir sola con sus dos hijos. Marco describe una vida familiar difícil y precaria hasta el fin de su adolescencia. La separación de sus abuelos es extremadamente dolorosa y el paciente recuerda un fuerte sentimiento de rabia infantil frente a la actitud de éstos últimos que “permitieron que me fuera y no me defendieron”.

Marco se va del hogar familiar muy joven y al poco tiempo conoce a la que será su primera mujer con la que no tendrá hijos y de la que se separará poco tiempo después. Luego de un período doloroso de duelo y soledad, el paciente conoce a la que será su mujer actual. Esta tenía dos hijas de un primer matrimonio. El padre de las niñas había abusado sexualmente de ellas lo que provocó una difícil separación y un largo divorcio que se prolongó con amenazas y situaciones de violencia aún después que comenzara la relación con Marco y que ambos hubieran decidido convivir. Al momento de la consulta esta situación había encontrado una relativa calma debida sobre todo al silencio del padre de las dos hijas, ya adolescentes, que, aparentemente, había decidido no manifestarse más. El clima familiar era tenso con frecuentes disputas entre Marco y las dos adolescentes que,

como pudimos entender a lo largo del análisis, era una estrategia defensiva que permitía mantener una distancia protectora frente a los fantasmas incestuosos, en ambas partes. Esta situación movilizaba en Marco las vivencias traumáticas de su propia infancia y lo colocaba frente al desafío y la dificultad de deber reparar una imagen paterna degradada e incontinente y reviviendo sus afectos infantiles de desamparo y miedo. Si bien Marco presentaba un funcionamiento global de tipo neurótico, en el curso del análisis aparecieron momentos dolorosos y regresivos en el que le fue posible conectarse con vivencias arcaicas de angustia y terror, de despedazamiento y abandono. En esas circunstancias, las representaciones ligadas a la conflictiva edípica se mostraban desintegradas y dispersas. Toda figuración de la escena primaria aparecía contaminada por elementos orales y anales de fuerte contenido destructor y aterrizante. Como lo explica Bion, “si el mito (edípico) privado es dañado (...) o está sometido a una fuerte presión, éste se desintegra; sus componentes se dispersan y el paciente se encuentra privado del aparato que le permitiría comprender la relación parental y adaptarse a ella” (Bion, W. R., 1979, pág. 67). En otros términos, lo irrepresentable de la trama edípica impide al paciente una identificación satisfactoria y estructurante con la imago de cada uno de sus padres y con la imagen de los padres reunidos sexualmente. La escena primitiva remite a un espacio psíquico vacío. Los padres aparecen entonces fragmentados y cargados de contenidos amenazantes o bien desvitalizados y vacíos de toda substancia psíquicamente nutriente, como “odres vacíos”.

Los cuatro sueños que Marco cuenta, en una sesión a los tres años de haber iniciado su análisis, permiten ilustrar estos movimientos regresivos que acabamos de describir.

Primer sueño

– Era extraño, había como una torre muy alta con una casa en la cima. Había que rodearla para acceder a una entrada que daba a una escalera doble en caracol, como en el Château de Blois. Se trataba de un lugar de visita, en realidad había mucha gente que subía y bajaba. Yo comenzaba la ascensión y a medida que subía aumentaba la humedad y todo se volvía cada vez más gris. Cada tanto había como entresijos sin palier. Allí se encontraban dos personas con la cabeza para abajo. En el sueño pensaba que se trataba de brujos hindúes, llevaban una especie de pañuelo claro anudado alrededor de la cabeza

y tenían el cabello muy negro. En cada entrepiso se repetía la misma imagen con los dos personajes cabeza abajo. Yo me preguntaba si estaban vivos o muertos. En realidad, cuanto más yo subía, sus cuerpos parecían cada vez más resecos, como momificados, como un envoltorio de piel. Esto me hizo pensar en ciertas imágenes de las prácticas mortuorias de los indígenas de América Central. ¿Por qué? Yo continuaba subiendo y había cada vez más agua. Subía y subía pero no llegaba nunca hasta arriba.

Segundo sueño

Era un sueño en colores. En él me despierto y tengo dificultades para respirar, como si mi respiración estuviera bloqueada. Lucho por respirar hasta que me despierto.

Tercer sueño

Estoy en las montañas con mi mujer. En la alta montaña. Es curioso, el sueño es corto pero tengo la impresión que se trata de algo muy largo. Un largo viaje en automóvil. Finalmente llegamos a un gran chalet, todo de madera como los que se ven en la Haute Savoie. Un chalet que me gustaría tener. Cálido, acogedor.

Cuarto sueño

La noche comenzaba y había cadáveres por todos lados. Estaban destrozados y había mucha sangre alrededor. Yo estaba en una camioneta con otras personas. Había muertos vivos, que destrozaban las personas. Uno de ellos, en particular era como un personaje impresionante, era como la representación del mal, alguien del que uno no puede escaparse. Aniquilador y contaminante. Yo no lograba huir. Llegaba solo, en un camión. El sueño termina cuando está a punto de agarrarme. Se trataba de mí y al mismo tiempo no era yo. Era como si fuera el último sobreviviente, el último hombre sobre la tierra.

Esto me hace pensar en la “Noche de las máscaras”, que es una película de horror que vi. No me gustan las películas de horror. No hay ninguna posibilidad de pararlo. Era superangustiante –asocia Marco.

–Pienso en sacarse las máscaras... en mostrarse... la dificultad de parar las ideas que surgen y que pueden angustiarlo –le digo.

– Recuerdo sueños que hacía hace mucho tiempo, en la infancia, se trataba de masacres humanas, de carnicerías sangrientas, espantosas –agrega Marco. Atraveso una época difícil. Todo está cuestionado. Temo no ser amado, esto me crea inseguridad, me da miedo.

En este momento de la sesión me siento invadido por un sentimiento de inquietud angustiada, tengo la sensación vaga de no saber muy bien qué hacer con todo ese rico material, de no encontrar la interpretación justa que ayude a mi paciente, que imagino en peligro... me surgen recuerdos de mis propias angustias infantiles... mis miedos de ser abandonado. Me veo solo en mi cuarto en el medio de la noche... aterrado.

– Tal vez teme quedarse solo, abandonado. Que yo no pueda ayudarlo y protegerlo –le digo.

...(silencio)

– Pienso en la torre del sueño... en los personajes envoltorios... estaban como vacíos, como odres vacíos, como si hubieran perdido su substancia... (silencio)... Lo que dijo de las máscaras me hace pensar que no tengo recuerdos de mi padre. A veces pienso que no puedo recordar su cara. (...) Cuando mi padre murió, mi madre lo supo pero me lo ocultó, no pude ir a su entierro, ni verlo. Nunca supe cómo ni por qué había muerto. (...) Mi madre nos prohibía verlo, a mi hermano y a mí.

– Como si hubiera perdido su substancia... –le digo.

– Sí –dice– como si se hubiera borrado (...) ahora recuerdo una vez que iba caminando por la calle y lo vi. Iba manejando un camión. Tuve la intención de llamarlo pero me escondí para que no me vea.

– Estaba prohibido –agrego– ahora es grande y puede encontrarse con su padre sin temor.

– Pienso en el sueño –dice– los peldaños me hacen pensar en una repetición, siempre lo mismo que vuelve... pero cada vez con menos sentido... ¿Por qué tanta humedad?

– Su ascensión en la torre, me hace pensar en su progresión en el análisis, escalón por escalón, hacia lugares más escondidos de su interior, tal vez recuerdos difíciles de la infancia...

– Pienso en mi miedo a la obscuridad, aún ahora me ocurre de apretujarme contra el cuerpo de mi mujer mientras duermo. Me da miedo mirar el vacío alrededor de la cama... (silencio)... recuerdo mis miedos siendo niño... cuando era pequeño me balanceaba en la cama para no escuchar los ruidos... mi cama era como un polo de seguridad.

– ¿Los ruidos? –pregunto.

– En el bar, abajo, a veces había peleas, mi abuelo intervenía para sacar afuera los parroquianos borrachos que se peleaban. Recuerdo haber espiado lo que pasaba desde la escalera. Me daba miedo.

– Un personaje impresionante, como en el sueño –agregó.

– Tenía una presencia protectora pero también un lado violento que me daba miedo (...) recuerdo que en ocasiones, cuando hacía alguna travesura, me encerraba en el sótano que era la bodega del bar, a oscuras. Era un lugar húmedo, me daba mucho miedo, oía ruidos y tenía miedo que surgieran ratas o presencias maléficas que me atacaran. Algo parecido al miedo que sentía cuando estaba en mi cama, solo en mi cuarto y temía las sombras que podían surgir de las profundidades. Como partes muertas. Pienso en la película “El sobreviviente” con Charlton Heston.

– Tal vez se pregunte si puede sentirse en su análisis como en una casa confortable, en la que se sienta seguro, como la de su sueño, con un padre-analista fuerte que lo proteja y lo ayude, como el héroe de la película, pero tal vez también tenga miedo que yo no pueda sobrevivir a las cosas que surjan de su interior.

– Mi madre era violenta, tenía reacciones imprevisibles, recuerdo que durante la noche los escuchaba pelear en su cuarto. Una vez que estábamos comiendo, comenzaron a pelear, no sé por qué razón y mi madre le lanzó un cuchillo... mi padre tenía a mi hermano en sus brazos... mi padre se corrió... pero podría haberlo herido a él o a mi hermano.

– Tal vez teme que esa agresividad destructora esté dentro suyo y que yo no pueda protegerlo como le hubiera gustado que su padre lo proteja.

(Largo silencio)... – Recuerdo que una vez, cuando mis padres estaban en pleno proceso de separación, mi madre había olvidado su paraguas en algún lado y mi padre vino a traérselo. Nos encontramos todos en una estación del Metro en París y de pronto mi madre comenzó a insultarlo a los gritos y a golpearlo con el paraguas. Mi padre se dejaba pegar en lugar de defenderse... me hubiera gustado que se defendiera.

– Que le mostrara que la agresividad y la violencia no eran peligrosas, que podían ser contenidas.

– Me vuelve la imagen de mi padre llorando encerrado en el baño.

– Como un niño triste, castigado, pero vivo.

– Recuerdo también que mi padre solía pasar largas horas en el

sótano del bar llenando las botellas de vino que trasvasaba de los toneles. Permanecía silencioso, pero me gustaba estar allí haciéndole compañía.

– Un padre lleno de vida y no vacío, como un odre vaciándose de su substancia.

El análisis de estos sueños prosiguió durante varias sesiones permitiendo a Marco y a mí mismo recorrer y adentrarnos en la trama asociativa que se abrió de manera fecunda a partir de esta sesión. Los actores de su propia conflictiva edípica estaban presentes en su escenario interior. Había llegado el momento en que comiencen a hablar ya que, como lo decía el propio Edipo “a quien no asusta el crimen no intimidan las palabras” (Sófocles, 1957, pág. 495).

BIBLIOGRAFIA

- BION, W. *Elements de psychanalyse*, PUF, Paris, 1979.
BRUSSET, B. *Psychanalyse du lien - les relations d'objet*, PUF, Paris, 2005.
CAHN, R. *La fin du divan?* Odile Jacob, Paris, 2002.
FREUD, S. Cartas a Wilhelm Fliess, Amorrortu editors, Buenos Aires, 1985.
— (1916-1917) Leçons d'introduction à la psychanalyse, XXI, Développement de la libido et organisations sexuelles, *Oeuvres complètes*, T. XIV, PUF., Paris, 2000.
— Le moi et le ça, *Oeuvres complètes*, T. XVI, PUF, Paris, 2000.
— (1924) La disparition du complexe d'Edipe, *Oeuvres complètes*, T. XVII, PUF, Paris, 1992.
GENNARO, J. Hazme una casa, *Psicoanálisis*, Vol. XXVIII, N°3.
GREEN, A. *Le temps éclaté*, Les éditions de minuit, Paris, 2000.
KLEIN, M. *Essais de psychanalyse 1921-1945*, Payot, Paris, 1968.
McDOUGALL, J. *Théâtres du Je*, Gallimard, Paris, 1982.
— *Eros aux mille et un visages*, Gallimard, Paris, 1996.
SÓFOCLES. *Edipo Rey*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1957, pág. 495.
TUSTIN, F. *Le trou noir de la psyché*, Seuil, Paris, 1989.

Juan Gennaro

Medrano 1970, 3° “C”

C1425GDF Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Argentina